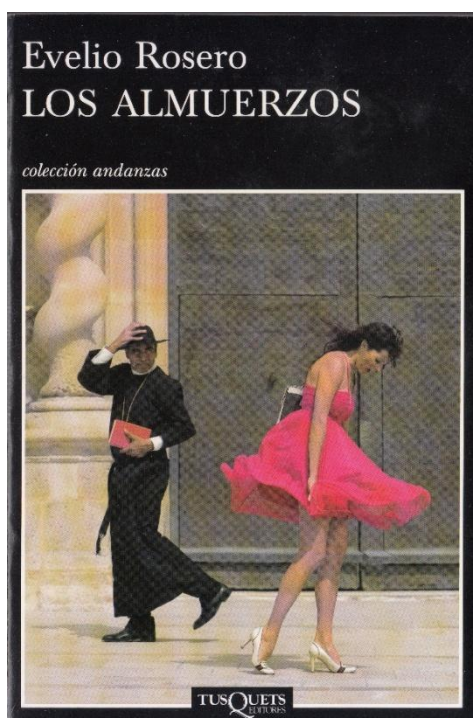


Sobre la novela Los almuerzos de Evelio Rosero¹

Ciro A. Páez

*Cuando en una sociedad triunfan las obras de misericordia, la justicia está por los suelos.
Octavio Amórtegui, De incógnito en la vida.*



De acuerdo con Herman Melville, para escribir un libro memorable se requieren dos cosas: un gran *escenario* y un *tema* poderoso. Él sabía de qué hablaba, pues buscó esta conjunción de elementos en varias de sus obras. Tómense, por ejemplo, los capítulos VII al IX de *Moby Dick*, en los que se describe una capilla marinera de New Bedford, con un púlpito en forma de proa y espolón de navío. A ese púlpito inusitado asciende, por una escalera de cuerdas, como las utilizadas por los marineros en los veleros, un anciano venerable, el padre Mapple, para hablarles a sus feligreses del *Libro de Jonás*. Lo

que hace su sermón memorable es que tanto el orador como el lugar en el cual habla

¹ Evelio Rosero, *Los almuerzos*, Tusquets Editores, 2009.

se ajustan perfectamente a la importancia extraordinaria del tema elegido: el problema de la salvación. ¿Quién mejor para hablar de Jonás, el profeta tragado por una ballena, que un curtido marino que ha sufrido en carne propia los peligros y las inclemencias del mar?

Esa misma íntima conexión entre el *tema* y el *escenario* se encuentra en la novela *Los almuerzos*, de Evelio Rosero, y explica, en parte, el efecto de redondez, de cosa completa y acabada que produce esta obra. ¿Qué mejor lugar para servir de escenario a la desesperación y la soledad del hombre actual, que una parroquia extraviada, apartada de su misión? Si la sal se echa a perder... si los que deberían servir de guías están descaminados ellos mismos, ¿a quién acudir? ¿Dónde situar mejor el olvido del Evangelio que en una parroquia que justifica su existencia por la distribución de almuerzos para los más necesitados? Que la práctica evangélica se confunda con la misericordia, así entendida, es algo que revela, bajo una apariencia de piedad, la profundidad del olvido y la falta de compromiso misional. Esta afirmación puede sonar chocante y paradójica porque, ¿qué sería más conforme a la esencia del Evangelio que cubrir al desnudo y alimentar al hambriento? Pero, ¿no está escrito también que no sólo de pan vive el hombre?

Los Almuerzos retrata la vida de una parroquia de Bogotá en la que el cura ha tomado la decisión de organizar, además de la misa diaria -el pan espiritual que es la razón de su ministerio-, unos almuerzos para la población indigente. Todos los días de la semana, salvo los viernes, cuando tienen almuerzo común el cura y los trabajadores de la parroquia, y los sábados y domingos, “consagrados a Dios”, se sirve a medio día un plato de comida a los desamparados de la zona: a los gamines, los lunes; a los ciegos, los martes; a las prostitutas, los miércoles, a los ancianos sin hogar, los jueves. El peso

de ese trabajo suplementario y excesivo para las posibilidades de una pequeña parroquia, ha sido descargado inmisericordemente sobre las cocineras y el acólito. Tres mujeres mayores, las Lillas, como son llamadas conjuntamente, se encargan de la preparación de los numerosos almuerzos, y un muchacho jorobado, de nombre Tancredo, nominalmente el *acólito*, ha sido encargado de casi todo lo demás: mantener limpio y reluciente el comedor, salir a las calles para convocar a los hambrientos, atender a los indigentes que asisten al llamado y sacar luego a los remolones que se niegan a abandonar el recinto. El sacristán Celeste Machado se encarga del cobro de las misas pagas, y de disponer todo lo necesario para la celebración de las misas en general, incluida la recolección de las limosnas, que asume él mismo. La ahijada suya, Sabina Cruz, parece ocuparse de la correspondencia y la recepción. Finalmente, Juan Pablo Almida, el párroco, se encarga, conforme a su ministerio, de decir las misas; pero una porción cada vez mayor de su tiempo, su energía y su interés son absorbidos por la obra de misericordia en la que se ha empeñado. No se podrían repartir almuerzos gratuitos si no se consiguiera el dinero para financiarlos, cosa que él ha logrado. Pero las sumas de dinero que ingresan a la parroquia, y probablemente también su origen, desencadenan murmuraciones entre los otros párrocos. El padre Almida se enfurece, clama al cielo contra la infame maledicencia de sus pares, que él atribuye a la envidia. Sin embargo, presionado, ¿ante quién corre a justificarse? No ante el obispo ni ante ninguna autoridad eclesial, como cabría esperar, sino ante don Justiniano, el potentado sin escrúpulos que aporta el grueso del dinero y que, se adivina, se ha convertido en el patrón del párroco.

Volvamos de nuevo a *Moby Dick*. Si nos tomamos en serio el cristianismo, como lo hace Herman Melville, toda su grandeza reside en que aborda de frente el *problema*

de la salvación humana. En ningún otro contexto cabe emplear con mayor razón el término “problema”, porque se trata de una cuestión realmente acuciante y no resuelta. Los peligros que acechan al hombre, a su alma, sobre todo, son mayores que las tormentas, las olas, los vientos o las ballenas terribles descritos en *Moby Dick* y en el *Libro de Jonás*. Es más fácil perderse que salvarse, y los riesgos para un sacerdote no son menores por causa de su ministerio. Según la imagen del padre Mapple, en su sermón, Dios sujeta a todos los hombres con una pesada mano, pero a sus ministros les hace sentir el peso de las dos. Eso lo dice hablando de Jonás, un hombre a quien Dios confió la misión de defender la justicia; es decir, a quien dobló, literalmente, bajo el yugo de una carga imposible de llevar: debía hablar de lo correcto, en un mundo torcido; debía ser la lámpara que se mantiene vertical en un barco inclinado y sacudido por la tormenta; debía defender a los oprimidos frente a gobernantes y jueces corruptos; debía trabajar por la salvación de las almas en un mundo que no creía sino en la existencia del cuerpo. Jonás no podía con semejante carga: por eso, huyó a Tarsis, lo más lejos posible de su Siria natal y de Nínive, la ciudad en la que estaba llamado a profetizar. Porque, ¿quién le iba a escuchar en esa ciudad segura de sí, y tan grande que un hombre tardaba tres días en recorrerla a pie? Los magistrados de la ciudad seguro se habrían burlado de él. Así que Jonás decide huir. Se embarca en el primer navío que encuentra, sin regatear el precio del pasaje, con tal de alejarse lo más rápido posible de la misión que le había sido encomendada. Su objetivo era llegar a Tarsis, una antiquísima metrópoli comercial situada en lo que hoy es el sur de España, en el otro extremo del mundo, con relación a Nínive, para inclinarse él también ante el falso ídolo del dinero.

Mediante la evocación de la historia de Jonás, el padre Mapple deja adivinar el drama

que se desarrolla en su propia alma. Sus feligreses sospecharían que él también estuvo tentado a abandonar su misión; que él también se sintió alguna vez en el fondo del océano, sin esperanza, con las algas enredadas en su cabeza, en la oscura soledad del vientre de una ballena. De hecho, así precisamente es descrita su situación en el momento en que se dispone a pronunciar su sermón: “Se detuvo un instante, después se arrodilló en la proa del púlpito, cruzó sobre el pecho las grandes manos atezadas, alzó los ojos cerrados y ofrendó una plegaria de tan honda devoción que parecía arrodillado y orar desde el fondo del mar”. Cuando el padre Mapple lee a los asistentes de la parroquia el himno pronunciado por Jonás en el fondo del mar, es como si hiciera audible su propia plegaria.

En la novela *Los almuerzos*, de Evelio Rosero, el peso del llamado espiritual y la huida frente a él son presentados casi en los mismos términos. Vemos al padre Almida, literalmente, huyendo de la parroquia en compañía del sacristán, envueltos ambos en sus impermeables, a través de la lluvia y la tormenta que se ha desatado sobre ellos, justo ahora que se dan prisa para reunirse con don Justiniano, el personaje que representa la antítesis de su misión. La significación de esa huida se ilumina por el contraste que ofrece con la actitud del padre San José Matamoros, quien se ha ofrecido para reemplazarlo. Aunque el cura de reemplazo es mayor y más débil que el de planta, tiene el coraje de llevar su compromiso más allá de las simples palabras. Tan en serio se toma su tarea, que al final de cada misa se le ve abrumado y a punto de derrumbarse:

Exhausto -como nunca Tancredo vio jamás a un oficiante al acabar la misa-, el reverendo San José Matamoros repartió su temblorosa bendición en nombre del Padre y del Hijo y de Espíritu Santo y después entró en la sacristía, casi

empujándose a sí mismo; así de fatigado se veía.

Se podría hacer un paralelo entre el cansancio infinito del padre San José Matamoros después de entregar todas sus energías en la misa, y el agotamiento indecible de Tancredo, el acólito, lidiando con la multitud apática e insubordinada de los asistentes a los almuerzos. Éste debe soportar sus insultos, la impaciencia, la rabia de los ancianos; debe cargarlos, cuando fingen estar dormidos o muertos; debe descubrir sus artimañas para quedarse en el recinto; debe ponerlos en evidencia quitándoles los gastados zapatos, haciéndoles cosquillas, pellizcándoles las sucias y resbalosas plantas de los pies. El padre Matamoros tiene más años, experiencia y sabiduría que su acólito; pero su tarea no es menos pesada que la del joven jorobado; en realidad, es mucho más agobiante, porque cuidar las almas es infinitamente más duro que ocuparse del bienestar de los cuerpos. El padre Matamoros ofrece un pan que a nadie le interesa, aunque sea más valioso y necesario que el que el padre Almida le ha encomendado repartir a Tancredo. Que el padre Matamoros logre, a pesar de todo, despertar la atención de la feligresía y conmoverla hasta las lágrimas, es una hazaña que sin duda nos permite dimensionar la magnitud de su entrega y, consecuentemente, la medida de su cansancio.

El reemplazo del padre Almida, el padre San José Matamoros, tiene un carácter afable y unas aspiraciones del todo distintas a las de su predecesor, razón por la cual despierta enseguida la simpatía de los trabajadores de la parroquia. Su figura no es imponente y no parece siquiera un sacerdote de verdad, sino más bien un pájaro desplumado, una pobre cosa, un loco de Dios. Pero pronto se descubre que atiende sinceramente al cuidado de las almas y que escucha con sinceridad y atención a las personas que le rodean. Además, aunque no posee la voz de trueno del padre Almida,

emplea la suya mejor: comparte fraternalmente con los trabajadores de la parroquia y *canta* la misa bellamente y con verdadera inspiración. Por primera vez en mucho tiempo descienden lenguas de fuego durante la celebración de la eucaristía, y la palabra del Evangelio hace estremecer de entusiasmo no sólo a los feligreses y a las damas voluntarias que forman la asociación cívica, sino también a los agobiados trabajadores de la parroquia. Las Liliás, las viejas cocineras, lo escuchan embelesadas y Tancredo, el joven jorobado, ha vuelto a asumir la función de *acólito*, de la que se había apartado:

“... después de finalizar Tancredo su lectura [del Evangelio], transcurrieron eternos tres y cuatro minutos antes de que San José resucitara y acudiera al púlpito para dar inicio al sermón. Sermón que poco o nada tuvo que ver con el Evangelio, ¿cuál Evangelio?, ¿Mateo, Lucas, Marcos, Juan?, su lectura la deshizo el cielo, pero cómo no, se gritaba Tancredo, si fue un sermón cantado, la misa rediviva de los que ya murieron. Un sermón insólito además por lo breve, pleno de gracia, que a Tancredo se le antojó más un poema cantado que un sermón al derecho y al revés, pero una plegaria al fin del camino, pensó, una plegaria al amor de los hombres, sin razas ni credos, la única vía todavía desdeñada que Cristo propuso a la humanidad para alcanzar el cielo como si se estirara la mano. Fue la misa de la transparencia. Al terminar los feligreses de decir el Padrenuestro aguardaron esperanzados a que Matamoros lo repitiera cantando, como repitió el Gloria y el Credo, y así ocurrió, para gracia de todos: en latín exquisitamente cantado el Pater noster, qui es in caelis: sanctificétur nomen tuum; advéniat regnum tuum; fiat volúntas tua, sicut in caelo, ei in terra... los remontó a los cielos. Pero de los cielos cayeron a tierra extrañados a

la hora del rito de la comunión. El padre San José se acercó a la fila de los fieles que aguardaba y demandó con un gesto de hombre de carne y hueso preocupado la ayuda del acólito para que sostuviera el dorado copón con el cuerpo de Cristo que esplendía. Los comulgantes se pavorizaban del temblor de sus manos. En más de una ocasión temieron que las hostias resbalaran de sus dedos. Los comulgantes optaron por achacar el temblor a la misma emoción que los embargaba a ellos, la plenitud de aquella música cantada que hizo de la misa una apoteosis de paz. Aguardaron en un hilo a oírlo acabar de cantar la *Oración después de la comunión*, y cuando llegó al fin la última ocasión de responder y despedirse todos cantaron *Amén* como uno solo. Se oyeron los corazones.”

Hasta aquí, pues, a grandes rasgos, la historia que narra *Los Almuerzos*. No cabía esperar la exposición de una idea, pero a partir de la descripción del escenario, de las acciones en las que se enredan los personajes, de los miedos y las vacilaciones del *acólito*, se va revelando poco a poco, un drama, un conflicto interior. Tancredo está comprometido con su fe, es el *acólito* (del griego *akoulythos*, “el seguidor”), pero no tiene a nadie a quien seguir, a quien imitar. A través de sus ojos nos vamos internando poco a poco en la cerrada tiniebla que lo envuelve. Conocemos el carácter real del padre Almida a través del reclamo sordo de Tancredo porque el sacerdote no le ha cumplido la promesa de apoyarlo para seguir estudiando; conocemos al sacristán Celeste Machado por los interrogatorios fríos y mal intencionados a los que somete al jorobado, y por las señas secretas a las que éste debe recurrir para eludir su vigilancia y acordar sus encuentros con Sabina Cruz; conocemos a la población indigente que asiste a los almuerzos por la paciencia que debe reunir el jorobado, tratando de

discernir si están despiertos o dormidos, si fingen estar muertos o simplemente maquinan, para que otro cargue con el peso de sus vidas. La parroquia es la ballena en cuyo vientre se ahoga Tancredo, a miles de kilómetros de cualquier alma humana, lejos incluso del alma de Sabina.

En el *Libro de Jonás*, como en los otros libros proféticos, se escribe para denunciar un orden social y político alterado, en el que el pueblo no respeta la ley, los más pobres están abandonados a su suerte y los ricos y los poderosos actúan con soberbia e indiferencia. Jonás no había sido tragado literalmente por una ballena; pero sentía que se ahogaba en Nínive. Aunque la ciudad fuera enorme y tuviera ciento veinte mil habitantes, él se sentía solo y separado de la humanidad. El corazón de los hombres se había vuelto duro e insensible; no había forma de comunicarse con nadie.

En la novela *Los almuerzos* se describe una situación semejante. La escala es infinitamente menor, pero el drama es el mismo. De los líderes espirituales de la parroquia no sale una palabra verdadera: solamente fórmulas vacías, gestos repetitivos, mecánicos. El párroco pronuncia palabras de fingida piedad, que en lugar de consolar ponen en evidencia su complicidad con las maquinaciones del sacristán, mientras aprieta cada vez más su cerco sobre los trabajadores de la parroquia. Al sacristán lo mueve el deseo de pisotear, pero su ofensiva se reviste de un lenguaje piadoso. Según él -siguiendo un guion conocido-, se hace muy poco; hay que ser más ambiciosos; hay que conseguir que los agobiados indigentes que asisten a los almuerzos escuchen con interés la palabra de Dios. Hay que *mostrar* resultados tangibles. El sacristán Machado eleva la vara que deben alcanzar los otros, pero no para hacerlos mejores, sino para golpearlos y humillarlos.

Para que los sometidos se rebelen, no basta con que su situación sea mala; es

necesario también que tienda a empeorar. En el pequeño escenario en el que se desarrolla la narración de *Los almuerzos*, hay varios cambios que se avecinan: para el párroco, por las presiones de don Justiniano y los otros curas, la posibilidad de perder la fuente de financiamiento de su actividad principal; para Tancredo, el acólito, la inminencia de sufrir una supervisión más despótica y minuciosa por parte del sacristán. Los “planes de mejoramiento” de Celeste Machado dejan adivinar que todo va a ser peor, mucho más inhumano y absurdo que hasta ahora. Va a duplicarse el trabajo en nombre del sacrificio cristiano; va a empeorar el maltrato disfrazado de corrección; va a ser más descarada la hipocresía. La situación va a tornarse insoportable y un desenlace violento será casi inevitable.

En esas circunstancias se produce el arribo del sacerdote San José Matamoros, cuyos simples gestos de humanidad les parecen a los trabajadores de la parroquia algo prodigioso, irreal, inverosímil. ¡Un sacerdote comprometido, tomándose en serio su papel, entregado a su misión hasta el límite de sus fuerzas! Los trabajadores de la parroquia apenas pueden creerlo:

“Las tres Lilias fueron las primeras en reaccionar para lanzarse en punta de pies detrás de Matamoros, a quien encontraron ya sin los atuendos sagrados, jadeante, sentado en el único sillón de la sacristía, junto al teléfono, rodeado de ángeles y de apóstoles, limpiándose la frente con una toalla. Se acercaron como si temieran que no existiera y también como si no dieran crédito a que existiera, y lo rodearon, cuidadosas, igual que una aparición”.

La novela no le revela al lector las palabras del padre Matamoros, ni puede mostrarle el canto con el que conmovía las almas, ni el sonido de su voz. Ni siquiera le informa qué pasajes del Evangelio comentó el sacerdote en su homilía. A San José Matamoros

sólo es posible conocerlo por lo que suscita en los demás. Él representa una luz de esperanza en medio de la oscuridad. Con su llegada a la parroquia, las viejas cocineras recuperan el sentido de su valor y dignidad. Se las ve moviéndose ágiles y contentas, como si hubieran recuperado la juventud. Escancian vino y celebran la inspiración y el entusiasmo. Al mismo tiempo, el *acólito*, que había sido apartado de sus funciones y permanecía oprimido por un trabajo abrumador e inhumano, se yergue ahora magnífico y contento de sí; la muchacha que se escondía, avergonzada de su sexualidad, temiendo la mirada inquisitiva de su padrino, da ahora rienda suelta a su deseo y apacigua su alma. El canto llano, que había sido expulsado por la sordera del sacristán y la indiferencia burocrática del sacerdote, vuelve a resonar en el coro de la Iglesia y alegra a todos los feligreses. Ya no se trata de intimidar ni de perseguir y cazar brujas, según la visión del sacristán Machado, ni de alimentar precariamente los cuerpos hambrientos, según las aspiraciones del padre Almida, sino de inspirar y caminar juntos, hacia el bien, hacia la propia realización.

Naturalmente, en la novela, el sentido del drama y la naturaleza de los personajes no se manifiestan de manera tan evidente. Todo esto es una lectura, una interpretación a partir de lo que sugieren los odios y los amores de Tancredo, los pasos y los susurros de las Lilias, los estallidos de ira de Sabina Cruz. En el caso de Tancredo, por ejemplo, él es consciente al principio únicamente de su desazón, de su desesperanza, de su falta de futuro. Siente que ha traicionado algo, pero no sabe exactamente qué. La presencia positiva, afirmativa, del padre Matamoros es lo que le produce la revelación, en él o en el lector. Lo que ha atormentado a Tancredo en relación con Sabina Cruz, con la que se acuesta y está obsesionado; lo que ha odiado en relación con su trabajo embrutecedor, lidiando con la turba mendicante que devora todas sus energías, toda

su vida interior, todo su ser; lo que lo ha acosado, día tras día, desde la mañana hasta el anochecer, fue siempre lo mismo: la conciencia de no tener tiempo ni energía para lo único que cuenta verdaderamente: su realización como ser humano. Es de esta pérdida de sí, de este absoluto naufragio, de lo que le redime el padre San José Matamoros, de un modo simple, humano: cantando, hablando, bebiendo, compartiendo juntos.

He aquí, pues, la relación entre el *tema* y el *escenario*. El lugar que fue creado como un lugar de encuentro y de liberación se ha convertido en una prisión. La parroquia dejó de servir al fin superior de la salvación y el cuidado de las almas de los feligreses, para ser puesta al servicio de los intereses mundanos del padre Almida. Él ya no puede pronunciar la Palabra que fundó su ministerio porque nunca la entendió. Nunca fue otra cosa que un funcionario, un mercenario de la burocracia eclesiástica entregado a sus pasiones, reconciliado con el mundo; un hombre que con sus actitudes y su vida cotidiana no deja de afirmar su convicción íntima de que el ser humano es sólo cuerpo. Nunca entendió que el hombre necesita algo más que pan para vivir, y por eso se felicita a sí mismo por haber convertido a la parroquia en un restaurante para indigentes. Pero el colmo de la incomprensión de la causa de los Evangelios es representado por su mano derecha, el sacristán Celeste Machado, descrito en la novela como un capataz que acosa y vigila a sus subordinados con mirada fría, inquisitiva, desprovista de toda humanidad.

Este rápido examen de la novela sirve al efecto de mostrar que el *escenario* de la parroquia no es un simple telón de fondo. Su carácter le viene de quienes lo habitan y lo animan, representando una vez más los roles que se enfrentan en el drama humano de la salvación. Por momentos tenemos la impresión de que entre las sombras surgen

Leviatán y Behemot, los legendarios monstruos del *Libro de Job*. Por momentos, los que aparecen son las criaturas del inframundo de la mitología griega. Allí están las Furias complotando en silencio. Allí está Sísifo, haciendo rodar inútilmente una piedra hasta la cima de la montaña, para dejarla caer enseguida. Más allá adivinamos, acechando entre las sombras, los ojos fríos de la Gorgona que congelan la sangre de los que la contemplan.

Las Liliás parecen ser a primera vista un grupo de mujeres obsequiosas y devotas, como las que suelen rodear a los curas, pues acompañan al padre Almida, lo consienten, lo miman, lo siguen en sus movimientos, como dóciles mascotas. Pero de un momento a otro cambian y revelan facetas inesperadas. El hecho de que fueran tres y de que hablaran y actuaran como una sola, podían haber hecho pensar en las brujas de Macbeth, junto al fogón, cocinando funestos sucesos; pero pronto se intuye que representan poderes más altos. Por su número y por la forma en la que están entrelazadas, hacen pensar en las Fórcides de la mitología griega, compartiendo un ojo y un único diente. Algunas veces, por su actitud benévola y la manera como escancian el vino y se alegran con el canto, evocan a las Gracias. Pero por la manera en que complotan en silencio, y actúan contra los gatos mañosos y los poderes opresores de la parroquia, sugieren a las Parcas.

Estas asociaciones no son forzadas, sino suscitadas de algún modo por la novela. Las Liliás *acolitan* (nuevamente ese verbo de origen griego, *akoloutheo* que significa seguir, acompañar, hacer la ruta con, comprender) el deseo de beber, de cantar, de compartir y de celebrar la vida, presente en el padre San José Matamoros. Como las Gracias de la mitología griega, invitan a transportarse a un tiempo en el que los hombres ofrendaban sus riquezas y sus vidas por las causas que les parecían bellas, y

en el que los dioses distribuían con generosidad entre los hombres la inteligencia y la inspiración, el honor y el sentido moral; un tiempo en el que se practicaba el comercio, pero la sociedad no era gobernada por el cálculo económico, sino por la liberalidad, y en el que la alegría de obtener una ganancia era sólo un anticipo del éxtasis de regalar; un tiempo en el que el mundo desbordaba juventud y generosidad y no se sentía la necesidad de ahorrar para los tiempos de escasez.

Pero si se atiende a la otra imagen asociada con las Liliás, la de las Parcas, se acaba siendo transportado a un tiempo en el que ya nada es gratuito, y en el que las alegres muchachas que otrora bailaron sujetas de las manos, actúan ahora como encorvadas sirvientas del mundo subterráneo. Languidecen junto al fuego, preparando unos almuerzos de piedad que esclavizan a las que los preparan sin reconfortar a los que los reciben. Son una encarnación del trabajo absurdo y de la acumulación de riqueza sin sentido. Pronto se rebelarán y, como las Parcas, complotarán en silencio para castigar la estupidez y la insensibilidad de los opresores.

Basta la partida de las dos principales figuras de la parroquia, para que el lugar se convierta en lo que nunca fue: el monte Tabor, donde tiene lugar la transfiguración del hombre, y donde el amor vuelve a iluminarlo todo. Gracias a la llegada del padre José Matamoros, y de la partida providencial de los antiguos regentes de la parroquia, los amantes vuelven a abrazarse bajo el altar, y por un momento, los feligreses que asisten a la misa sienten la embriaguez y la locura de lo divino.

La novela *Los almuerzos* describe con una notable economía de medios un drama que es universal e intemporal: el drama de la estupidez y la ambición secuestrando la vida y parasitando las instituciones que una vez fueron creadas para servir al progreso y la fraternidad humana. Pero al mismo tiempo deja entrever la posibilidad de una

restauración, por la obstinada pervivencia del sentido de lo humano y del amor. La novela no deja adivinar cuál va a ser el futuro de la parroquia que retrata. Sólo muestra, mediante la ambigua triada de las Lilies, un tejido urdido por las Parcas que es al mismo tiempo un hallazgo afortunado de las Gracias.